

Haru

Un pequeño gatito había sido dejado atrás. Sin una despedida, sin una caricia. Solo una caja vacía como recuerdo. Confundido, saltó afuera y corrió tras el auto que se alejaba, como si todavía existiera la esperanza de alcanzarlo. Corrió y corrió... hasta que el cansancio lo venció, y sus patitas temblaron de puro agotamiento.

Aun así, siguió andando. Cada paso era torpe, pero el instinto lo empujaba a buscar un lugar seguro. Así, casi sin darse cuenta, llegó a un valle escondido entre cerros, árboles y un río que parecía cantar bajito. No sabía qué sitio era aquel, pero apenas dio unos pasos lo envolvió una sensación distinta. El aire tenía frescura, olor a tierra húmeda y a flores silvestres. Arriba, las aves revoloteaban como si quisieran darle la bienvenida, y algunos animales lo miraban curiosos, sin miedo. También había personas. Sus miradas tranquilas y sus sonrisas suaves hacían sentir que algo bueno estaba por suceder.

La tarde comenzaba a caer, el gatito, con la panza vacía y los ojos pesados, buscó un rincón para descansar. Entonces encontró una casa antigua, de esas que guardan secretos en sus muros. Afuera había una casita más pequeña, casi como esperándolo. Dentro, una almohada gastada, pero cálida. Se acurrucó allí, cerró los ojos y, por primera vez en mucho rato, logró dormir sin miedo.

Al amanecer, volvió a andar. Perdido, sí, aunque con una fuerza invisible que lo empujaba a seguir. Pasó frente a una gran estructura; allí había una biblioteca donde los libros parecían susurrar historias. Cruzó también junto a un restaurante, y de él escapaban aromas irresistibles que le hicieron rugir la barriga. Caminó por esa senda llena de colores, cultura y sonidos. Maullaba bajito, como escondiendo una pequeña súplica. El hambre apretaba fuerte, pero en sus ojitos aún brillaba la esperanza.

Y entonces, la suerte cambió. Una vendedora lo descubrió junto a su puesto. Sus manos se veían cansadas de tanto trabajo, pero al mirarlo, la ternura le ganó. Sacó un pedacito de carne y se lo dio con cariño. El gatito comió con tanta emoción que parecía bailar entre bocados. Ella sonrió, lo levantó con cuidado y le dijo en voz baja, como quien revela un secreto:

—Tú te vas a llamar Haru.

Haru. Un nombre nuevo. Un comienzo.

El gatito ronroneó, agradecido. Entendió que ya no estaría solo. Monte Patria lo había recibido con su calidez, con la bondad de su gente y con la belleza de sus paisajes. Y así, en un rincón del valle, Haru se convirtió en un gatito feliz, amado y acompañado.

Catalina Farías Plaza.